Y tu pudorosa frente
Adornaba un blanco velo,
Como de limpio arroyuelo
El sonoroso cristal.
Es tu mágia omnipotente,
Y hasta las aves encanta
De tu mélica garganta
El acento celestial.
Cuando en el baile apareces,
Los corazones se inflaman,
Y los donceles te aclaman
Por la reina del festin.
Y si giras, ó te meces,
Semeja tu planta breve,
Al céfiro cuando mueve
Los rosales de un jardin.
La magnificencia olvido
De los trajes elegantes,
Que visten ninfas brillantes
Si fijo la vista en tí.
Ni de las bellas me cuido,
Ni escucho el son de la orquesta:
Para mí tú eres la fiesta,
Tú no más estás allí.
Porque me acuerdo del día
Que en estos mismos salones
Entre santas ilusiones
El *sí* me diste de amor:
Sí de gloria y de alegría
Que sonó por mi ventura,
Cual suenan en la espesura
Los trinos del ruiseñor.
Yo haré que envidien las flores
Tus encantos hechiceros,
Tus clarísimos luceros,
Y tus dientes de jazmin;
Y cantaré tus amores,
Linda trigueña cubana,
Con el plectro de un Quintana,
Y el arpa de un Serafin.

DESPEDIDA DEL AÑO.

Coronad vuestras sienes
De florecientes ramos,
Y despedíos, bellas,
De las Pascuas y el año.
Ved como vuela el tiempo,
Y que en su curso ráudo
Memorias deja solo
De los goces pásados.
Ved de la Primavera
Los renuevos lozanos,
Convertidos en troncos
Desnudos y agostados.
Los fértiles pensiles
Entónces tan gallardos,
En páramos dolientes
Se miran transformados,
Decid que el año acaba
Con el Diciembre helado,
Y á la Luna de Enero
Pasear pensais acaso.
¡Ay! que los años vuelven
Lo mismo que han marchado;
Pero nosotros, nunca
Volvemos, y nos vamos.
Nos vamos al sepulcro
Sin parar acercando
Y no vemos la senda
De eternidad que hollamos.
Aprovechad el tiempo
¡Oh bellas! coronaos
De nacaradas rosas
Y azules aguinaldos.
No vuestra edad florida,
La edad de los encantos,
Dejeis pasar inútil
En pasatiempos vanos.
Fugaces como el viento
Pensad que huyen los años,
Y que ninguno sabe
Dó está su fin infausto.
Adornad vuestras sienes
De florecientes ramos,
Y al año que se marcha
Riendo despidamos.

A MI GUAJIRILLA.

Guajirilla hechicera,
Que esquivas desdeñosa
A quien por tí muriera,
Tu frente candorosa
Y tus mejillas de azucena y rosa;
No tan ingrata seas;
Tu amor recelar debe
Las malignas ideas
De una rival aleve
Que ambicione á tu amante y se lo lleve.
Atiende, guajirilla,
Que no hay beldad segura,
Y al ver la maravilla,
Advierte que no dura
Más que la maravilla la hermosura.
Si en tu corazón cabe
Esa esperanza vana
De mañana. ¡quién sabe
Si no tendrás mañana
Brillo en los ojos, ni en los lábios grana!
¡Quién si esa frente
Antes que el Sol dorado
Torne á verse en Oriente
De rayos coronado,
Será ya presa del sepulcro helado!
¡O esperas imprudente,
A la vejez sombría
Premiar mi amor ardiente
Para que la ánsia mía
Halle una estátua descarnada y fría?
Deja, dulce tirana,
De serme desdeñosa;
Esos lábios de grana
Dame, guajira hermosa,
Y esas mejillas de azucena y rosa.

MEDITACIÓN.

Cual diseñan las nubes
Fantásticas visiones
Que la llegada anuncian
De los primeros nortes,
Ya gigantes guerreros
Ora alados leones,
Ya distantes palacios
Entre selvas y torres;

Ya flotantes castillos
Con fuertes torreones,
Y de formas variando
Cruzan el horizonte,
Hasta que las ocultan
Las sombras de la noche,
O se apiñan en grupos
Que el viento descompone.
Tal es la incierta y breve
Existencia del hombre,
Sus riquezas, sus dichas,
Sus glorias, sus honores,
Son sueños engañosos,
Como débiles flores
De bramador torrente
Nacidas en el borde.

¿Qué es un mortal cuitado,
Si á contemplar se pone
La inmensidad de mundos
Que en el espacio corren?
Un átomo invisible...
¡Y aun tiene pretensiones
A la infinita ciencia
Del que rige los orbes!
Es heroismo en unos
Lo que en otros horrores;
Sus mismas realidades
No pasan de ilusiones.
Como si eternos fuesen,
Aduérmense en los goces
Ficticios que le brindan
Las pérfidas pasiones;
Mas al camino sale
La muerte, y á sus golpes
Desparecen cual nubes
Que el viento descompone.

VANIDAD DEL HOMBRE.

El hombre miserable
Presume que sorprende
Los ocultos arcanos
Del que los orbes mueve.
Él se abroga atributos
Del Sumo Omnipotente,
Del que Israel llamaba
El Grande, el Justo, el Fuerte.
Y Dios desde el Empíreo
Lo mira y se conduele
Del reptil presuntuoso
Que á su poder se atreve.
Propala que los rayos
Con su saber detiene,
Que el mar, la tierra, el aire
Sus voces obedecen;

Pero él si el viento ruge,
Si el mar se ensoberbece
Y el rayo truena, el rostro
Despavorido vuelve:
Sus fuerzas le abandonan,
Baja la altiva frente,
La tierra se abre, y traga
Sus restos para siempre.
Las ciencias envidiables,
¿De qué servirle pueden
Si á sujetar no alcanzan
Las garras de la muerte?
Y este sér vanidoso
¿Aún dirá que sorprende
Los ocultos arcanos
Del que los orbes mueve?

A DESVAL.

PARA DORILA.

Desde el San Juan undoso
Cuya serena linfa
Entre verdes mangleros
Coronada de palmas se desliza,

Pulso, Desval amigo,
Mi mal templada lira,
Para darte de Páscuas,
No cuanto debo á tu amistad benigna,
Sino el pláceme grato
Que tu bondad me inspira,
Tejiendo una corona
De nevado jazmin y siempreviva.
No aspiro á que con ella
La docta frente ciñas
Que ya orlaron ufanas
De lauro y rosas las cubanas ninfas.
Para más caro objeto
Mi númen las dedica.
¡Emblemas de pureza
Y de inmortalidad, flores divinas!
Cuando Desval os tome
Quedad luego marchitas
Si al punto no os coloca
En las preciosas sienes de Dorila.
Y cuando ya en su cielo
Como estrellas lucidas
Deis con vuestros colores
Gracia á su rostro, al firmamento envidia.
Decidla: «Ninfa hermosa
De la fecunda Antilla,
El bardo que nos manda,
Salud y paz, y bendición te envía:
Que cada vez que luzca
La Aurora purpurina,
Sepa que eres dichosa,
Y su gloria mayor será tu dicha.»

EL TIEMPO NO SE VA.

Como en noche anortada
Impelidas del viento
Se deslizan las nubes
Por la region del cielo,
Y al ver la clara Luna
Que adorna el firmamento
Nos parece que corre
A ocultarse en el velo
De variados celajes;
Y es todo lo inverso,
Que ella se está tranquila
Y los que corren, ellos:
No de otra suerte viven
Engañados los nécios,
Si presumen que corre
Con ráuda marcha el tiempo.
Él como un astro, sigue
Su giro á paso lento,
Y nosotros volando
Cual celajes ligeros,
Por el soplo impelidos
De mil vanos deseos
Dejándole atrás, vamos
En pos de goces nuevos
Hasta dar con la tumba:
Y solamente es cierto
Que nosotros nos vamos,
Y se queda el tiempo.

NO AFIRMAR NI DUDAR.

No te aconsejo, Lisio,
Cuando mires ó escuches,
Ni que lo afirmes todo
Ni que todo lo dudes;
Puesto que ambos extremos,
Por más que el arte apures,
Son malos, y el ejemplo
Lo hallarás cuando gustes.
Las nubes que lejanas
El horizonte cubren,
Hay veces que á los ojos
Parecen altas cumbres:
Y las montañas, antes
Que el Sol vierta sus luces,
Parecen una faja
De verdi-negras nubes.
Cuando en la noche el viento
Agita los bambues,
Y los murmurios suenan
Del arroyuelo dulce,
El impaciente amante
La voz oir discurre
De su adorada prenda
Cercada de querubes:
Y el cobarde viajero,
Del mismo ruido arguye
Que un grupo de bandidos
Le cercan y destruyen.
No son viento y arroyo
Bandidos ni querubes,
Ni son las nubes montes,
Ni las montañas, nubes.
Es bien que el punto medio
A tomar te acostumbres,
Sin que lo afirmes todo,
Ni que todo lo dudes.

A UN COMETA.

Cuerpo ignoto, que giras
En la region del aire,
Dejando tras tu curso
Larga cola brillante,
Tú, que por tantos siglos
Corriste sin pararte
Viendo generaciones
Nacer y sepultarse,
Tú, que entre tantos mundos
Que en el espacio errantes
Circulan, ves la tierra
Mansión de llanto y sangre;
Díme si has visto un pueblo,
Dó solo un hombre se halle,
Y ángeles obedezcan
Lo que su voz les mande.
O por opuesto extremo,
Donde en paz perdurable,
Los vasallos sean hombres
Y el que gobierne, un ángel.
Dímelo, te lo ruego
Por el Sér Justo y Grande
A cuya voz te elevas,
Y á cuya voz decaes.
Responde, que si esquiva
Mi estrella incontrastable
Me niega la ventura
De poder habitarte,
Seráme dado al menos
El bien inapreciable
De saber que hay un punto
Dó la virtud descanse.
Así más que el Sol brilles,
Y á ser por siempre pases
De tu Hacedor Supremo
Corona deslumbrante.

LAS DOS EDADES.

Hay una edad de flores
Borrascosa en verdad;
Pero que en cambio, llena
De encantos mil está.
Entónces nos burlamos
Del hórrido huracán,
Del rayo destructivo,
Del tempestuoso mar.
Si entónces encontramos
Un ángel terrenal,
Una mujer que amemos
Y que nos sepa amar,
Nuestra alma es una hoguera,
El pecho un huracan;
Y por ella cedemos
La gloria y la verdad.
Es la edad de la gloria,
Del goce celestial,
De las inspiraciones
Y de la heroicidad;
Mas hay otra de nieve,
Cuya calma fatal
Tan solo nos presenta
Recuerdos de pesar.
Entónces nos reimos
Por no gemir quizá,
Y reprendemos usos
Que hicimos adorar.
Entónces, sin aliento,
Cansados ya de amar,
La vida nos fatiga,
La muerte horror nos dá;
Y llenos de dolores,
Nos hace Dios fijar
Los ojos en la tumba,
La mente más allá,
El hielo del sepulcro
Con nuestros cuerpos va:
¡Feliz quien su inocencia
Conserva hasta esa edad!

LOS DOS EXTREMOS.

Hay un valle encantado;
Tiene en su centro un niño
Que debe andar por fuerza
Por uno de sus dos largos caminos.
El primero, aunque recto,
Tiene mil precipicios,
Y hállanse á cada paso
Espectros, y fantasmas en sus riscos.
El que por él se lanza
Hasta el término fijo,
Que es un sepulcro helado,
Solo halla horror, prisiones y suplicios.
El segundo es tortuoso;
Pero ameno y florido,
Con todos los placeres
Y deleites que embriagan los sentidos.
Tal vez cuerpos sangrientos
Se hallan en él tendidos;
Mas tambien se halla oro
Y renombres espléndidos, magníficos.

Este mundo es el valle,
La inocencia es el niño,
La senda desgraciada
Es la virtud; y la brillante, el vicio.
No hay más que dos extremos
En este mundo inícuo,
O gozar y ser malo,
O morir virtuoso y perseguido.

SÚPLICA.

Escrita en la prisión.

Fantástico aparato de amistades y amores,
Dejadme en mi retiro, dejadme por piedad,
No me brindeis mentidos placeres seductores;
Dadme siquiera un día de amiga soledad.
Venturosos recuerdos de la infancia querida,
Venid á mi plegaria, cercadme en derredor,
Tornadme á mi inocencia, dejad que me despida
De aquella edad dorada de dicha y de candor.
Volaron ¡ay! las horas de plácida alegría,
Entré en el laberinto llamado ilustración,
El mundo confundióme entre su turba impía,
Y me arrancó asesino la paz del corazón.
El mundo en cada hombre brindándome un amigo
Y en cada bella jóven una inocente flor;
En cada varon luego mostróme un enemigo,
Y en cada flor, oculto un áspid destructor.
Y yo he sacrificado mi dulce primavera,
Perdiendo mi sosiego pasado y porvenir;
Y he volado insensato en pos de una quimera,
Que ni del bien se alegra, ni el mal sabe sentir.
Fantástico aparato de amistades y amores,
Dejadme en mi retiro, dejadme por piedad,
No me brindeis mentidos placeres seductores:
Dadme siquiera un día de amiga soledad.

A SILVIA.

No en descuido insensato
Dejes que pasen, Silvia,
Las plácidas auroras
De tu temprana vida.
Mira que el tiempo alado
Con ráudo vuelo gira,
Arroyando inclemente
Cuanto al paso divisa.

La hermosura es un soplo
Ligero cual las brisas
Que con el Alba nacen,
Y con la Aurora espiran.
Como claro arroyuelo
Que nace entre ambarinas,
Y á breve espacio, el bruto
Revuélcase en su linfa:
Como brillante ola,
Cuyas perlas lucidas
Sobre la propia arena
Que adornaron, se eclipsan.
Y en fin, como las flores
Que á la luz vespertina
Se abren, y al primer rayo
Del Sol yacen marchitas.
Pues si las bellas flores,
Olas, fuentes y brisas,
Te enseñan con su ejemplo
Lo que serás un día;
No en descuido insensato
Dejes que pasen, Silvia,
Las plácidas auroras
De tu temprana vida:
No desprecies el tiempo,
Aprovéchalo, y mira
Que eternidad y tumba
No tienen hora fija.

LA GLORIA.

¿Qué es del hombre la vida?
¿Cuál es del sér la gloria
Que rey de lo creado
Con vanidad se nombra?
¿Los cantos del poeta,
Del potente la pompa,
Los lauros del guerrero
Del amante las horas,
Y del profundo sabio
Las conclusiones doctas,
Que admiran los presentes,
Y los lejanos honran?
¿Qué son sino fantasmas
Que bajo extrañas formas,
Al conticinio nacen
Y mueren á la Aurora?
De cuantos ya pasaron,
De cuantos son ahora,
Y de cuantos ser deben,
Solo quedaron sombras;
Y esas, aun no reales;
Pues solo en la memoria,
Tal cual vez se presentan
Como luces fosfóricas.
Ved cual es ¡insensatos!
De este animal la gloria,
Que rey de lo creado
Con vanidad se nombra.

RECUERDOS.

A ELPIDIO.

Cuando recuerdo, Elpidio,
La sucesión de cuitas,
Y el mentido aparato
De este fantasma que llamamos vida:
Cuando torno los ojos
A los pasados días
Y advierto como vuelan
Los verdes años de la edad florida:

Cuando miro ese caos
De ilusiones mentidas,
Que lucen y se pierden
Como en la noche exhalaciones ígneas;
No entiendo por qué el hombre
Se oprime y martiriza,
Como si fuese tanto
El tiempo que gozar puede la dicha.
Parece que las causas
De su desgracia impía,
Sus tormentos y males,
Son inherentes á su esencia misma.
Hoy anhela un objeto
En que su suerte cifra;
Lo consigue, y mañana
Ya es infeliz con lo que ayer quería.
Feliz el que en la tierra
Vé transcurrir la vida
Sin que en su alma lleve
La ánsia del oro, ó del dolor la espina.
Feliz quien va al sepulcro,
Cual fuente clara y limpia
Que corre libre y pura.
Entre vírgenes selvas escondida.
Y triste el que el aliento
Infestado respira
De las nécias ciudades,
Moradas del engaño y la perfidia.
Él es como la rosa
En páramos nacida,
A quien de airada mano
No podrán defenderla sus espinas.
Alabe el falso mundo,
Quien lleno de alegría
Vió deslizar las horas
Desde su cuna hasta el presente día;
Mas el que en sus recuerdos
Halla solo desdichas,
Maldice el mundo insano,
Y aun la propia existencia le fastidia.

A UN NIÑO DORMIDO.

Duerme, inocente niño,
Que el sueño de la infancia
Es celestial beleño
Que á la inocencia extasia.

Feliz tú, que en tu cuna
No sueñas con fantasmas,
Ni anhelas un tesoro,
Ni rujes por venganza.

Tú ignoras de los hombres
Las viles acechanzas
Los tétricos designios,
Y las inícuas tramas.
Tu corazón es puro,
Cual las gotas que el Alba
Sobre las flores riega
De Abril en las mañanas:
Por eso en él no sientes
De la ambición las ánsias,
Ni la punzante espina
De una pasión profana.
Cual nave que en el puerto
Sus áncoras levanta,
Y al mar se entrega alegre
Con próspera bonanza,
Sin recelar el riesgo
De pérfidos piratas
De ignorados escollos
Y horrísonas borrascas;

Así llegará un día,
Que de esa edad dorada,
Dejando sin temores
La venturosa calma,
Te lances de la vida
Por las llanuras vastas,
En la apariencia amenas,
Y en realidad ingratas.
No en salir te apresures
De ese punto de gracia;
Que serás más dichoso,
Cuanto más tarde salgas;
Y en tanto que esa hora
Terrible se adelanta,
De llantos, amarguras,
Pesares y desgracias:
Duerme, inocente niño,
Que el sueño de la infancia
Es celestial beleño
Que á la inocencia extasia.

A UNA ADORMIDERA.

Flor bella y delicada,
Cándida y peregrina,
Que abres tu limpio cáliz
Cuando la Aurora brilla.
Si por tu lado cruza
Mi idolatrada Amina,
La de los negros ojos
La de la faz divina;
Y su mirar de fuego
Sobre tus hojas fija,
A saludarla alegre
Tu cáliz bello inclina;

Y cuando por sus lábios
Vague genial sonrisa,
De tu corola bella,
Brota esencias, y díla:
«El que tu gracia adora,
El que me riega y cuida,
El que á cada instante
Su corazón te brinda,
Hermosa, me ha mandado
Que en viéndote, benigna
Vuele del tallo, y leda
Tu casta frente ciña.»

EL CEMENTERIO IDEAL.

PORTADA.

Ten, lector, por fiel verdad
Que en estos túmulos varios
Hay muertos imaginarios,
Y vivos en realidad:
Si es que por fatalidad

En tu alma acaso sencilla,
Hubiese alguna faltilla,
Y anhelas su corrección,
No le faltará inscripción
Que le venga de perilla.

I.

Por echarla de discreto
Murió pidiendo un soneto
El triste que yace aquí,
—*¡Si todos fueran así!*—

II.

Este infeliz murmuró
Siempre de propios y extraños,
Murió de veintidos años.
—*De más los veinte vivió.*—

III.

Mientras vivió Salvadora,
Los mancebos que la veían
Salva á su belleza hacían
Cual las aves á la Aurora.
—A que ninguno la llora.

IV.

Salud, Amira brindaba,
Y en dos meses que bailó,
Pálida, flaca, murió,
Y fina sangre arrojaba,
—¿Arrojaba sangre fina...?
Pues sal de la sepultura,
Y oprímete la cintura
Para lucir figurina.

V.

Esta vieja falleció
Porque el jóven más lozano
Casó con ella, echó mano
A su plata, y escapó.
—Ese sí que la entendió.—

VI.

Aquí yace Juan, querido
De la más bella casada;
Fué muerto de una cornada.
—¿Y quién lo mató...? El marido.—

VII.

Vivo el mundo me creía
Ora santo, ora demonio,
Y en la *fé de un testimonio,*
Daba lo que no tenía.
Cerré para *dar* la mano,
Y abríla para *cojer*
Más pronto que una mujer...
—¡Salve, señor escribano...!—

VIII.

Aquí reposa Zafir,
Que obligado á declararse
Entre morir y casarse,
Decidióse por morir.
—Es digno de un monumento
Por tan ejemplar acción;
Pues convence la elección
Que era jóven de talento.—

IX.

Pues que sois de mi hermandad,
Jaques, tontos y beodos,
En breve, seguidme todos
Al mundo de la verdad.
—¡Cúmplase tu voluntad!—

X.

Yo de calumniar vivía,
Y un día de muerte aguarda
A los de la estirpe mía.
—Lo que se siente es que tarda
Ese venturoso día.—

XI.

Uno aquí se bambolea
Cocotero poco á poco,
Leamos—«Desciende, coco,
En la tumba de esta fea.»

XII.

Los poetas me ensalzaron
Manaba miel de mis lábios,
Apreciáronme los sábios,
Las bellezas me adoraron;
Prodigaba pesos duros...?
—¡Rico, presumido y tonto...
Fabio, marchémonos pronto,
Porque no estamos seguros.—

XIII.

Aun el cántico épico retumba
Que un homérico vate alzó á mi gloria;
Aun me conserva espléndida la Historia....
-¡Válgate Dios...! pedante, hasta en la tumba!-

XIV.

De reyes y emperadores
Desciende el noble finado
Que yace aquí sepultado,
Y vivió lleno de honores.
Su esqueleto y calavera
Están por esa razón,
Tan libres de corrupción...
—Como los de otro cualquiera.—

XV.

Siempre adulando y fingiendo
Con méritos que no hablo...
—Descansa en paz, pobre diablo!
Este murió pretendiendo.—

XVI.

Yace aquí un jefe de armada,
Que acabado de enterrar
Hallaron de orin su espada
A la vaina tan pegada,
Que no se pudo sacar.
—¡Valeroso Militar!—

XVII.

Éste murió suicidado,
Porque un mullidor precoz
Le ofreció en solemne voz
Su entierro hacerle fiado.
—¡Vaya un tramposo feroz...!
¡Dios lo haya perdonado!—

LA RECONCILIACIÓN.

Oye, Clarinda hermosa,
La voz con que entre flores
Cantan gratos amores
Mi reconciliación.
La cítara armoniosa
Oye, con que constante
Te ofrece un fino amante
Su ardiente corazón.
En plácida locura
Juventud bulliciosa
Gusta cual mariposa
Volar de flor en flor;
Pero la edad madura
La da con gracias pías
Calma en las alegrías,
Firmeza en el amor.
El ruiseñor amante
No halla placer cumplido
Hasta que vuelto al nido
Le arruya el bien que amó;
Y ya volar errante
No quiere en la espesura
Por gozar la ventura
Que un tiempo idolatró.
Entónces él suspira
Hallando en la que adora
Las perlas de la Aurora,
Del Alba el arrebol;
Así mi pecho admira
Tu frente de azucena,
Como el Alba, serena,
Luciente como el Sol.
Si el alma que presento
A tu beldad, no esquivas;
Morir donde tú vivas
Te jura mi pasión;
Y si este juramento
Padece algun desmayo,
De tu desprecio un rayo
Me parta el corazón.

A IDALIA.

¿Ves, Idália, que el rubio
Renuevo de una palma
Parece un asta de oro
Sobre las verdes ramas?
¿Ves al régio planeta,
Que al nacer la mañana,
En el Oriente limpio
Un falso Sol levanta?
¿Ves la brillante Luna,
Del mar entre las aguas,
Que en cada ola aparece
Su forma entera y clara?
Pues si Naturaleza
A cada paso engaña,
Y nuestros mismos ojos
Concurren á ayudarla;
¿Porqué infalibles crees
A esas lenguas malvadas,
Que arrebatarme quierern
Tu corazón, Idália?

LA DESPEDIDA.

CANCIÓN.

Voló ya la alegría
Que un tiempo fué mi gloria
Y una triste memoria
Me dejas ¡ay! amor.
No mas la prenda mía
Mi prometida esposa,
Me halagará amorosa
Calmando mi dolor.
Cual fresca rosa en Mayo
No bien brilla argentada
Cuando cae deshojada
Del bárbaro aquilón.
Así súbito rayo
De la Parca homicida
Cayó en su cara vida
Y abrió mi corazón.
Durante el claro día
¡Cuál serán mis pesares
En aquellos lugares
En que amarme juró!
¡Cuál será mi agonía
Y mi penar tirano
Al mirar cuán temprano
Mi esperanza murió!
Y cuando el negro manto
Tienda la noche oscura
¿Dónde hallaré ventura
Que temple mi aflicción?
¿Quién á mi amargo llanto
Querrá prestar consuelo?
Sol, tierra, mar y cielo,
Sentid mi confusión.
Fela, cuando la hora
Marque el tiempo ligero
En su reloj certero
De nuestra eterna unión,
A esta alma que te adora
Verás gozosa, ardiente,
Del Sér Omnipotente
Volar á la mansión.
Pero en tanto que llega
Momento tan dichoso
No puedo hallar reposo
Sin escuchar tu voz.
Mi amor en tanto riega
Tu ya cadáver frío....
Adiós, corazón mío,
Adiós por siempre.... adiós!

A LA JUSTICIA. (10)

AMOR PLATÓNICO.

En el alma, cual lucero
Refulgente y peregrino,
Tengo el retrato divino
De la Deidad que venero:
En vano encontrar espero
Esa belleza ideal,
Y á la mansión celestial
Ir á buscarla deseo
Porque en la tierra no creo
Que exista el original.

LA FLOR DE LA CERA.

Una mañana de Abril
Antes que el alba serena
Ornara el cielo de nácar,
Y los pensiles de perlas,
Paseaba yo divertido
Del San Juan por la ribera
En un jardin que á su orilla
Preciosas plantas ostenta.
Con un cestillo de mimbres
Y unas tijerillas nuevas,
Estaba una jóven linda
Cortando «flores de cera.»
Ocultéme entre unas ramas
De jazmin y madre-selva,
Que abrazan á un rojo Adónis
Formando bóveda espesa:
Era su frente brillante
Como del amor la estrella,
Sus ojos, vivos y hermosos,
Negras y largas sus trenzas:
De marfil su dentadura,
Su boca purpúrea y bella,
Y su cútis fresco y blanco
«Como la flor de la cera.»
Llevaba una manta azul
Bordada de blanca seda,
Cadena y manillas de oro
Y aretes de finas piedras.
Hablando consigo misma,
De que la oyesen, agena,
Tomando la más lozana
Dijo la simple doncella:—
—Dice bien Delio, que eres
De los jardines la reina.
¡Si yo fuese tan hermosa
Como «la flor de la cera!»
De su voz el eco suave
Me hizo conocer á Lesbia,
Con la cual bailé mil veces
De Pueblo-Nuevo en las fiestas;
Y de Delio bajo el nombre
La hice amorosas protestas:
¡Con que aquí mi Lesbia mora
Y de su Delio se acuerda!...
¿Podré dudar que me ama
Esta inocente belleza,
Tan alegre y tan sencilla
Como «la flor de la cera?»
Escogió despues algunas,
Sentóse sobre la yerba,
Formó una hermosa guirnalda
Y se coronó con ella.
Fuése á orillas de un estanque
De agua clara, limpia y tersa;
Vióse el rostro en el cristal
Y exclamó de gozo llena:
—«Ya estará Delio en el puente,
Y cuando pasar me vea
Dirá que voy tan preciosa
Como «la flor de la cera.»

LA AMBARINA.

En los días de S. M. la Reina Gobernadora.

Zéfiro blando que en la arboleda
Bullendo esparces fragante olor,
Cruza los mares y da á Cristina
Esta de Cuba célica flor.
Esta, que el campo de ámbares llena
Cuando amanece fúlgido el Sol,
Como ella vierte sus beneficios
Desde el excelso trono español.
Cual tigre hircana voraz destroza
Tiernas ovejas sin compasión;
Así sedienta de sangre humana
Reinó tres siglos la Inquisición.
El hombre ilustre tales escenas
Viera de ruinas y asolación,
Sin mas arbitrio que era aplaudirlas
O ser quemado por fracmasón.
Mas ¡oh ventura! Cristina llega
Velado el rostro de magestad,
Cual aparece radiante estrella
Tras noche horrenda de tempestad.
Cúbrese el campo de alegres flores
Al divo aspecto de su deidad,
Y desde Gades hasta Pirene
Resuena el grito de Libertad.
Traspasa el eco los anchos mares,
La regia Antilla le oye sonar,
Y le repiten alborozados
San Juan, y Güines, y el Almendar.
La Fama empuña su trompa de oro,
Y por los aires se vé volar,
Cual aura mansa que se desliza
Sobre las olas del hondo mar.
Quien lleva santos y esgrime espada
Acrecentando la rebelión,
Y cruel seduce los infelices
Bajo pretexto de religión;
Es una fiera voraz, inícua,
Maligno miembro de la Nación,
Mónstruo execrable, que con mil vidas
No paga el colmo de su traición.
¡Sangre y venganza! ¡Sagre y venganza!
Se alzó gritando la usurpación,
Como el espectro que hablaba á Orestes
Sobre la tumba de Agamenón.
«¿No quereis sangre? pues... tomad sangre»

Dicen los héroes de la Nación,
Y huye aterrada cual torva sombra
Del negro Tártaro á la mansión.
Hijos de Cuba, cuando yo muera,
Con ambarinas me coronad:
Y si existiere la excelza reina
Hacedme el gusto de no llorar.
¡Viva la patria! ¡Viva el progreso!
Decid al punto de me enterrad,
Y yo os ofrezco de responderos
¡Vivan! y viva la Libertad.

LA VEGUERA INOCENTE.

Del alba á luz primera
Sale á discantar amores
La más hermosa veguera
Que el Sol mira y pisa flores
Del Táyaba en la ribera.
Negros, dormidos, brillantes,
Son sus ojos centellantes;
Su planta, leve y sutil,
Y sus ecos, extasiantes
Como mañana de Abril.
Si suelta la cabellera
Lleva del viento agitada,
Parece la Primavera
Que discurre en la pradera
De jazmines coronada.
Si adorna su frente hermosa
Con una *moya* canaria,
Semeja en su faz graciosa
Ignea estrella solitaria
Que sale á Oriente radiosa.
Las gotas que en la cascada
Saltan del sonante río
A su boca purpurada,
Brillan como albo rocío
Sobre la flor de granada.
Con un azul delantal
Ajusta su talle bello,
Ornan su rostro ideal
Sarcillos de oro, y el cuello
Rica sarta de coral.
Ya sus dos vivos luceros
Fija en leve caracol,
Y sinsontes y cabreros
La felicitan parleros
Teniéndola por el Sol.
O vé tranquila pasar
Entre oleadas infinitas,
Hojas y flores al par,
Que ya mústias y marchitas
Conduce el torrente al mar.
Sin reflexionar que un día
Irán su gracia y candor,
Como las flores que vía
Del tiempo desolador
En la corriente sombría.
De su tiple á las templadas
Cuerdas, entona distintas
Canciones enamoradas,
Puesta una moña de cintas
Blancas, verdes y rosadas.
Vase, al finar la canción
De sus cuerdas al compás;
Sin cuidar de un corazón
Que la ha visto una ocasión
Y no la olvida jamás.
¡Feliz tú, que sin temor
Vives, ángel del Señor;
Pues al alba te levantas,
Y amorosas trovas cantas
Sin saber lo que es amor...!
Y mísero aquel, que existe
No pudiendo hablar de amor
Sin que bulla en su interior
Un presentimiento triste,
O un recuerdo de dolor!